

carnicería interminable

*Después de dormir un poco, el nuevo Iván
preguntó con sorna al viejo Iván:
—Bueno, y yo ¿quién soy?
—¡Un imbécil! —se oyó una voz grave
que no pertenecía a ninguno de los dos Ivanés
y que se parecía mucho a la voz del consejero.*

MIJAIL BULGAKOV
(El maestro y margarita)

Si te demoras más, no llegaremos a tiempo para matarlo. Aún hay tiempo, déjame lavarme la boca, él no se desvela hasta las dos de la madrugada; desde aquel día en que lo sorprendimos a esa hora, despierta siempre con ella; no importa el frío, que llueva y truene, el miedo a esa hora le tira un jarro de agua y fría: Ya están al venir, levántate. Traté de convencerte, deja eso en manos de la justicia, de Dios, pero tu terquedad siempre pudo más. ¡Cállate!, soy el elegido para interpretar la venganza, ¿olvidaste ya que se trataba de mi única hija? ¡Pero ya ha pagado su culpa!, su miedo lo despierta cada día a la misma hora y le repite: Levántate, vienen por ti. Ya lo sé, igual te he levantado hoy, también con un jarro de agua y fría: Ya es la hora. ¿La de siempre? Sí, vamos por él. Siempre que cruzas la alambrada parece como si toda la finca esperara tu sudor para renacer de su paz moribunda. No tengas miedo, no escuches los grillos ni esos silbidos que parecen llamarnos, ignóralos, es necesario para terminar el trabajo; deja de mirar la cerca y quita la tranca. ¿La de siempre? Sí, para no tropezar con nada si hay que correr. El trecho, arado por pisadas anteriores, sale de una boca abierta y sin luz, apretada por la ventolera y los árboles.

Tengo frío coño, me estoy orinando. La espuma concentrada forma un círculo que irradia un vapor tenue. Pareces un animal enloquecido tras otro y al mismo tiempo huyendo de otro; un lobo repetido en otros estornudando el cansancio de tus ojos vencidos por la desesperación; rastreas en tu ceguera tu propio insomnio, desperdiciando zarpazos en la nada, en lo invisible: tu propio miedo, frente a ti; esquivas el vacío a donde te diriges con la esperanza de acuchillar algo que olvidaste aquella madrugada desvelada para siempre, como lo estás ahora, buscando una muerte escurridiza, la misma que todas las madrugadas, a las dos, espera él: el Otro, el que falta, eso crees. ¿Habrá despertado? A lo mejor, Él siempre nos presiente y lo despierta. ¿Lo conseguiremos hoy?, no soporto más esta angustia de levantarme todos los días, a la misma hora, para regresar contigo, también cansado por la incertidumbre, la espera, el desvelo diario, y al acostarme oírte: Espera, voy a cepillarme los dientes. Y llegas a la cama con una sonrisa, también cansada: Mañana será, a la misma hora, descansa. ¡Saca el cuchillo!, este fango en los zapatos nos delatará. Tengo deseos de fumar. Pero no puedes. Lo sé. Nuestra respiración es suficiente para alertarlo; qué te pasa, hueles la sangre, ¿verdad?, ¡espántala!, es el miedo que te descubre donde otros no esperan encontrarte y dibuja una estela de silencio que despierta los ruidos dormidos mientras te guía a una sangre que te invoca y te espera sin impacientarse, la misma de memoria en tu memoria, decapitada, expectorando en aquella madrugada, a las dos, la vida sobre la ropa destrozada a cuchilladas, mientras el cuerpo agonizaba la resurrección de la vida: la otra; un miedo como tú, con olfato, sed y hambre, y una cuenta por saldar: contigo. Tenía que hacerlo. Y ahora debemos terminar el trabajo, si no ¿cómo vivirás en paz?, coge la carne y tírasela desde aquí. Ya estoy cansado de matar inocentes, qué culpa tienen ellos, cuántos perros le hemos envenenado. Es una cuestión de miedo, él también lo alimenta como tú, como todo el mundo. Todos los días, a la misma hora en que tú me despiertas, me hago la

misma pregunta: ¿olvidará acosarme mañana?, así me distraería en otra cosa y no en soñar con perros envenenados; son años sin comer carne, utilizándola para alimentar una muerte que respira como el miedo, como si tuviera asma. Este es el último trozo de carne envenenada que nos queda. ¿Qué pasa?, ¿por qué te detienes? Estoy recordando las últimas palabras del veterinario. Ya buscaremos a otro. Me despidieron del trabajo, no podré conseguir más veneno, vayan buscando otro vendedor. Ese es nuestro signo: la búsqueda. ¿Cuántos perros le han matado? No llevamos la cuenta, sólo una obsesión: matarlo a él. No te entretengas, míralo, está jadeando, convulsionando. ¿Entramos ya? Esperemos unos minutos, la parálisis. ¿Y si él despierta? Ya debe estarlo. No soporto más esta carnicería interminable; si hubiera realizado el encargo completo aquella maldita madrugada, pero lo maté sólo a él; con unas cuantas cuchilladas al vacío hubiera alcanzado al Otro, pero no lo creí necesario, como casi nadie lo cree, y lo olvidé como no me olvida, resucitando cuando me levantas a la misma hora, con un jarro de agua y fría: Ya es la hora. ¿La de siempre? Sí, vamos por él. Mira. ¿A dónde? Abajo, las mismas pisadas de todos los días. No pienses en eso, quizás hoy concluimos y descansamos en paz para siempre, saca la llave...sss, con cuidado. ¿Cuántos años llevamos en esto? En una cacería circular nunca se sabe. ¿Crees que permanezca acostado aún? Abre primero, ya veremos al entrar. Esta maldita humedad a muerte. Cada día late más alto ese reloj; lo descolgaré si no lo conseguimos hoy y lo tiraré contra el piso y lo romperé como el de su cuarto cuando lo maté, a esa hora que me persigue tanto por su culpa: la de aquel reloj, marcando con el segundero las cuchilladas. Es el miedo, fíjate en las cadenas, le habrá dado cuerda hará tres o cuatro horas. Sí, antes de acostarse. Es el miedo agotado por tu persecución, quiere que lo sorprendas para evitarle los estertores del cuchillo buscándole la vida, la otra: la que olvidaste descuartizar aquella madrugada, a las dos. ¿Qué? Camina despacio, a lo mejor duerme aún. Qué extraño, yo

imaginé mi muerte como el inicio de un descanso merecido, como la entrada a un paraíso recobrado, hasta que la vi de cerca al dibujarla en la sangre de tu hija mientras ella me decía que deliraba, que era un acomplejado por mi cojera, un inseguro por mi edad, y tuve que matarla por burlarse de mí, de unos años de más que volverían ceniza su vida, pero nunca creí de verdad en la muerte; el hombre no confirma nunca la muerte, la suya, aunque la repitan otros a diario a su alrededor, sólo la deja en herencia para otros que se atormentarán con ella; eso creo —observó el reloj colgado en la pared y volvió para mirar el cuchillo, ensangrentado— a las dos de la madrugada, a punto de morir por tus manos mientras dibujas tu muerte en mi sangre. Fueron sus últimas palabras, después de la última cuchillada, eso creí en aquel momento, no ahora: eran las primeras de una vida que comienza en la muerte, con ella, heredándola. Que te dije, la cama igual, aún empapada con la misma sangre, destendida como la dejé después de la masacre, tal parece que duerme en otro sitio porque sabe que vendré a buscarlo. Cualquiera día lo vez salir y ni cuenta te das por lo viejo que debe estar, ¿cuántos años tendrá?, porque un día como hoy lo mataste. Te dije que no sé; pero ¿con qué se alimentará? Contigo, tenlo por seguro, con tu miedo. ¿Qué quieres ahora? Vamos, si nos demoramos más no llegaremos a tiempo. Aún hay tiempo, déjame lavarme la cara, él no se desvela hasta las diez de la noche; desde aquel día en que decidió matarte porque no sé quién le anunció Eres el elegido para interpretar la venganza, el mismo día que se olvidó de mí, lo despierta él, su miedo, a la misma hora del anuncio, diez de la noche; no importa que sea tu cumpleaños, llueva y truene como ahora, porque su miedo siempre le tira a esa hora, diez de la noche, un jarro de agua y fría: Ya es la hora. ¿La de siempre? Sí, vamos por él.